



NOVELA CATÓLICA

Salvador Loring S. I.

HAY en nuestros días una *renovación literaria*; se preconiza la vuelta a una auténtica literatura católica: «periodismo católico», «teatro católico», «novela católica». Pero conviene señalar su *signo religioso*: no se trata de un nuevo movimiento estético, en este siglo XX tan profuso en ellos, el afán es netamente religioso y *concretamente católico*; son voces jóvenes, cargadas de sinceridad y espíritu, que ansían llevar el mensaje católico a todos los ámbitos de la cultura. No es, por lo tanto — como el caso del romanticismo —, el hallazgo de un tesoro religioso por quienes perseguían una búsqueda estética, sino el rebotar del espíritu hacia el arte, el fuego de Dios prendiendo en todas las manifestaciones humanas. Creo que es interesante este punto de partida, porque nos da las auténticas directrices y meta de la futura novela católica.

Postulado previo

No hace mucho, nos decía Nicolás González Ruiz (1) a propósito del teatro católico, que había que hacer hincapié en lo de «teatro», no fuera que por defender lo «católico»,

(1) En el Primer Congreso del Teatro Católico, Zaragoza 16-22 Mayo 1955. No se han impreso las ponencias y discursos.

más que teatro hiciéramos muñecos o marionetas; en este terreno cualquier desprestigio del sustantivo habría de perjudicar al mismo adjetivo.

Al hablar de novela católica, convendrá igualmente no olvidar nunca las exigencias del género novelístico: queremos ante todo crear novela y buena novela, que ya cuelga bastante página rosa en el kiosko católico. Asentado esto como primer postulado, sobre el que después podremos insistir, ¿qué exigencia impone lo *católico* cuando queremos especificar la *novela*?

1. PLENITUD DEL DOGMA.

La primera advertencia es la neta *confesión católica* que queremos presentar. No se propugna una novela sencillamente religiosa, ni aun meramente cristiana; no es solamente una *juventud en la India* de Rabindranath, o el hondo espíritu «ortodoxo» de la creación de Dostoiewsky. El afán es más concreto. Mostrar la *proyección de la vida desde el ángulo católico*: concepciones, ideas, reacciones, conducta consecuentes con una plenitud del dogma, y con una vida de gracia, hecha auténticamente «vida» del individuo.

Tiene el dogma un valor absoluto en materia religiosa, y después de la enseñanza de

Cristo no cabe buscar fórmulas nuevas por muy cordiales y sinceras que se presenten. No podemos escamotear la palabra evangélica: «enseñad a todos cuanto os he dicho, el que creyere y fuere bautizado se salvará y el que no creyere se condenará», de forma que la fe —y una fe como asentimiento intelectual, no movimiento inconsciente de comunión de ideales con el pueblo fiel como en *San Manuel Bueno*—, la fe en un depósito de creencias, resulta eje y fundamento de la auténtica religiosidad. Recientemente Carmen Laforet, comentando su última novela *La mujer nueva* (premio Menorca), insistía en este aspecto fundamental de la fe (2).

Quizás nos parezca más humano buscar un contacto con Dios más allá de cualquier profesión religiosa de tipo fundamentalmente intelectual, pero, repito, no se trata ya de nuestro parecer o nuestro gusto, sino de practicar ciegamente el mensaje de Cristo. Al trazar los derroteros de la novela católica, ha de pensarse en la más pura religiosidad evangélica; darnos una *religiosidad libre* al margen de toda creencia intelectual, en el depósito de fe conservado por la Iglesia docente y «clerical», será muy atrayente y muy «protestante» pero necesariamente será una *religiosidad mutilada*, sin un Evangelio íntegro, ni sería la más rica y representativa religiosidad española.

¿Pérez Galdós primer novelista religioso en España?

Por eso desorienta proponer como primer novelista religioso en España a Pérez Galdós (3). No he de discutir ahora las calidades de su narración, pero sí conviene destacar algún aspecto como novelista religioso.

Don Benito ha *prescindido de la Iglesia*, cuando no la ha atacado calumniosamente, no se ha interesado por las verdades reveladas por Dios —no por los «curas»—, ¿y he-

(2) *Ateneo*, 15 de Julio 1954.

(3) José Luis L. Aranguren en «Catolicismo día tras día», c. 4. «¿Por qué no hay novela religiosa en España». El lector atento sabrá constatar las diversas alusiones, que haremos más adelante, a este artículo; aparte algunas discrepancias de crítica literaria, me parece apriorística la elección de tales novelas para una investigación religiosa sobre España.

mos de aceptar sus tipos religiosos como los más auténticos y verdaderos? A la luz de la verdad católica —que es la única absoluta—, hay que decir que sus análisis religiosos no pasan de ser un *juego subjetivo* (no en Galdós sino en sus personajes), donde obra más la ilusión, la fantasía, la superstición y aun la misma enfermedad... y quizás esto mismo sea el verdadero sentido que de lo religioso tenía D. Benito.

Se nos ofrece, sin embargo, como el primer novelista religioso de España; creo que es cuestión de términos y quizá de pobreza de expresión de nuestra lengua; pero mientras se busca el verdadero título de esas novelas «iluminadas» galdosianas o unamunianas, afirmemos que es más serio *lo religioso-católico* en España que esas meras alucinaciones místicas y éticas de tipo libre o heterodoxo.

Quizá se diga que no interesa en la novela religiosa el mismo dato religioso tanto como el humano, que no se trata de un estudio de la verdadera religión, sino del corazón humano en presencia de lo divino en general. No niego la objetividad del dato humano y el cariño e imparcialidad con que lo trata Galdós, pero éstos son méritos puntuables para considerarle como un primer novelista en general; al tratarse del tema religioso habrá que tener en cuenta su parcialidad y, *novelísticamente*, su *miopia y poca sensibilidad* al enfrentarse con la religiosidad española. A pesar de todos los pesimismo derrotistas de un «reciente 98», hay que reconocer que un pueblo de tan rica tradición religiosa ofrecía tipos de mucha más hondura y empuje que los presentados por Galdós. Caracteres religiosos como Tremontorio o el Pae Apolinar o Don Celso, por sólo citar a Pereda, me parecen más interesantes y más significativos de nuestra manera de entender lo religioso.

Y, sobre todo, convenía señalar que *no debe de ser ése el camino* de la futura novela católica: si se quiere encauzar esta renovación religiosa de las letras hacia un *indiferentismo confesional*, para quedarnos casi sólo con los valores de la *religión natural* o, cuando más, de un *amplio cristianismo*, bien está ofrecer ejemplos tan netamente simplistas, y aun clerófobos y sectarios. Pero es

cierto que no es eso lo que pretendemos. Es un anhelo unánime, pleno de sinceridad y verdad de las nuevas promociones católicas, que viven consecuentemente su fe y quieren llevarla con toda responsabilidad a las letras.

Posibilidades del dogma en la novela

El actual novelista católico ha de ser valiente y decidido al escoger sus tipos religiosos. No hay duda que desde el punto de vista artístico-religioso se abren horizontes insospechados, conforme es mayor la ilustración y la conciencia religiosa que se quieren estudiar.

Si la novela, se ha dicho muy bien (4), es el género literario en que más se *refleja la vida*, hay que apreciar en todas sus dimensiones la vida religiosa católica y ver las posibilidades novelísticas que encierra. La misma *concepción católica del dato humano*: una rica naturaleza, mitad bestia y mitad ángel, en donde está declarada la rebeldía e insubordinación interior, frío código de la razón y fuego instintivo de la pasión, son ya dos enigmáticos datos para un problema novelístico; y se complica el movimiento en el tablero de ajedrez humano, cuando se estudia la *misteriosa pero auténtica intervención de Dios*: conflictos de la naturaleza y de la gracia, la rebeldía y la docilidad, de la Misericordia y la obstinación, o, en otro campo, de la exigencia de una gracia de santidad y la mezquindad libre y apocada del hombre. Maravillosos juegos divino-humanos para ser estudiados con la hondura de una pluma fiel y observadora.

Valiente también el novelista para plasmar aspectos exigentes y sutiles de la *ascética católica*: son caminos que debe tener estudiados y analizados, mejor, vividos personalmente porque ninguna observación más profunda en estos campos interiores que la introspección. Es más, como decíamos del dramaturgo en el Congreso de Zaragoza, la aspiración es «que la religiosidad de los autores católicos sea tan auténtica que impregne cualquier clase de temas que puedan tratar».

(4) José L. Aranguren en «Catolicismo día tras día», pág. 29.

Actual momento religioso

Dejando otros aspectos, fijémonos en los que nos brinda el clima religioso de hoy. Una novela como *Pedrito de Andía*, recientemente analizada con justeza por Aranguren, nos daba el ambiente de la inocua sociedad burguesa del veintitantos, con su superficial religión y su manera satisfecha y regalona de situarse ante los grandes problemas; no hay duda que eso existe todavía —triste peso muerto de nuestra Iglesia—, y algún artista podría encontrar ahí el tema religioso de su novela; un *peligro* cabría señalar de *espejismo*: defender principios de tal clase social, enfoques de educación, prejuicios de su mundo como normas y principios de moral católica; hoy lo llamaríamos «*moralina*», carteles viejos y medio rotos que hace siglos se fijaron a los muros del templo y anacrónicamente se quieren mantener.

Pero a un fiel observador le es fácil registrar hoy la presencia de *otro sentido religioso: una juventud* que paradójicamente se encuentra incómoda en la comodidad burguesa, que tiene opinión franca y rotunda ante inconsecuencias e irresponsabilidades pasadas, *que vive la religión como un deber urgente* y tiene la valentía de hacer frente a hondos problemas de irreligiosidad de un pueblo confiado y abandonado. *O el sector espiritual de los que vuelven*, los que traen la pujanza y el estallido religioso de una humanidad desengañada con el tono de una nueva sinceridad, diríamos «a puñetazos», que pronuncian el nombre de Dios todavía con aliento de pecado, que viene de vuelta de dos terribles experiencias y le dan a su grito un acento trágico, urgente, hondísimo que, es leal reconocer, no tuvieron anteriores generaciones. Ahí encontrará el artista *la renovación imprescindible* para los temas eternos, la nueva manera incómoda de vivir lo católico y encontrarse en posesión inquieta de valores eternos.

II. ¿HASTA DÓNDE DESCENDER?

Otro punto interesante se rozará más con *la moral* que con el dogma. No hay duda que lo *católico* es un *adjetivo peligroso*. ¿Puede un novelista católico como tal, desenvolver-

se en su arte con toda amplitud sin atender a ninguna barrera moral? Y, supuesto que tenga que atenderla, ¿no mutilará esto su propio arte? No vamos a defender la novela rosa: estamos de acuerdo en reconocer su contribución al desprestigio religioso en las letras, pero cuando se preconiza un naturalista y crudo realismo aun en la novela religiosa, no estará de más apuntar algo de las obligaciones que la moral católica impondrá en la novela.

Hay una conciencia sacerdotal hoy clara y exigente: lo mismo los consagrados que los fieles saben que hay *caminos* que, aunque lícitos, no le son *permitidos al clérigo* por su propia dignidad. Con razón se ha preguntado si un sacerdote podría hoy escribir novelas con la técnica «vivencial y expresada» del relato moderno. De acuerdo, *no sería una actividad sacerdotal*.

Aún más; tales temas y modos de expresarlos se defienden hoy para la novela, que llevo a preguntarme si, no ya el sacerdote, pero ni cualquier cristiano podrá escribirla. Se defiende «*la impureza de las fuentes de la novela religiosa*» (5), el novelista tiene que «*hundirse imaginativamente*» en los pecados de sus personajes. No se pretende, está claro, una experiencia personal, se dice «*imaginativamente*».

Por eso no le será lícito al novelista, aunque no sea sacerdote sino laico, y aunque no aspire a la perfección y santidad, conocer directa y experimentalmente el pecado para mejor describirlo; nunca justificará el fin los medios; no tenemos derecho a pecar, ni aun para salvar la vida, cuánto menos por supuestos imperativos del arte.

Pero no se habla de experiencia sino de imaginación; «*hundirse imaginativamente*», es decir, *bajar al pecado con la imaginación*, con una emoción vital sentida hasta apropiarse los sentimientos del pecador y dárnoslos con positivo calor de humanidad. Aun así, será difícil defender moralmente tal libertad artística. Puesto que el pecador ama y siente el pecado, y se pretende conocer sus propias emociones, parece que se afirma

(5) Contra esto, Ignacio Elizalde S. I. proponía en *Ateneo* (Abril 55), la fórmula de Mauriac un poco vaga: «purificar la fuente», referida al novelista.

sencillamente que no hay ninguna reserva que hacer, como si no se pecase con estos actos interiores. ¿No sería esto ir contra aquello del Evangelio de que *los pecados nacen del corazón*?

Suponer, o incluso describir someramente el pecado y la pasión, es cosa ya muerta — se dice — y de técnica antigua, «*es reducir los personajes vivientes a simples soportes de vicios y virtudes*»; hoy tiene que estar el pecado expresado y no supuesto, y esta manera vivencial de concebir la labor del novelista —añadimos nosotros—, que ya no quiere hablar desde fuera y como de oídas, tiene necesariamente que manchar su corazón con deseos, sentimientos y afectos semejantes a los del pecador. Esto, especialmente hablando de sexto, es pecado: la «*delectatio morosa*», que condena la moral católica. Quizás la solución fuera suponer un *desdoblamiento* muy sutil en el novelista para amar y no amar, sentir y no sentir el pecado; pero ello con dificultad se podrá sostener en sana psicología.

¿Responsabilidad?

Además el fruto será una gran página muy humana, muy vibrante, con *suma comunicación* del novelista con sus lectores —eso es lo que se busca—; pero cabe sospechar que esa vida que se comunica venga infecta y podrida, sea el beso del tísico que trae aliento de pus y muerte. ¿Puede el novelista católico llegar a concebir esas escenas y a describirlas? Tendrá más libertad que el sacerdote, es natural, pero, ¿puede llegar a convivir con el pecado siquiera sea imaginativamente? ¿Y tiene derecho a poner en tal peligro de pecar a sus lectores? Habría que repasar aquí el capítulo de las *responsabilidades* y, por otra parte, el de los *pretendidos derechos del arte*. El derecho canónico condena como prohibidos: «*libri qui res lascivas seu obscenas ex profeso tractant, narrant, aut docent*» (6) (los libros que tratan, relatan o enseñan ex profeso materias lascivas u obscenas).

Porque hemos de contar siempre con la naturaleza caída, y no habrá que acudir al

(6) Codex Iuris Canonici, can. 1399, 9.º

testimonio de Graham Greene para conocer el influjo y arrastre de la novela, y más si la narración trae esta hondura del vicio directa y expresada.

Motivos aparentes

Es de notar que esta libertad del artista se defiende como un *deber religioso*: es un *postulado de caridad y comprensión hacia el pecador*. Habrá, es cierto, en el pecado concreto, un aspecto de bondad que es el que mueve la voluntad a quererlo —«bajo apariencia de bien elige el pecador el pecado», que dirá Santo Tomás—, pero siempre será una bondad parcial, falsa y subjetiva. Creo que la comprensión hacia el pecador no hay que cargarla en hacernos eco de su gusto depravado y hacerle creer que también nosotros sentimos ese atractivo, y mostrarlo como plausible y suavizar su deformación moral, sino cargarla en el valor «*hombre*», siempre redimible; que no ponderó el Padre de la parábola las bellotas y la pira y las meretrices, sino que era un hombre, su hijo, el que volvía.

Otro motivo religioso se podría deducir de una página de José M.^a G.^a Escudero (7). Sería un *remedio contra la «autosatisfacción» farisaica del llamado «catolicismo de orden»*; por una parte viendo un *posible retrato* nuestro en el que las miserias no se han escamoteado, y por otra comprobando una *esbozada pero sincera religiosidad* en esas bajas capas sociales.

Bien está lo de la sinceridad del hallazgo divino, aunque *no creo imprescindible el descenso* (recuérdense páginas tan sinceras, y llenas de inocencia, como «Historia de un alma» o los apuntes pasionistas de Gemma Galgani), y menos se puede admitir la paradójica oración «*haced que caiga más todavía, para que pueda alcanzar la verdad*».

Que en toda esta literatura de lacra social y desecho humano se pueda encontrar un posible reactivo contra el tal «*fariseísmo*», no lo niego; pero hay que hacer todas las finas distinciones que indica García Escudero

ro (sobre selección de lectores y sobre influencias luteranas, etc.), y aún *no queda cohonestada la cruda presentación del pecado*, hundiéndose en él imaginativamente, pues se trataría de un *problemático fiuto* alcanzado por un *voluntario peligro grave* (cuando no es ello mismo pecado), para el novelista y los lectores, y por otra parte la eficacia de dicha contra-prueba religiosa no estriba en tal o cual exhibición de basura humana, sino en el *ambiente primario de «los sin nada»*.

III. LA TÉCNICA NOVELÍSTICA.

No hay duda que manteniéndose el artista con cierta reserva, y no entregándose a esa «*experiencia imaginativa*», forzosamente tendrá menos bulto y fuerza la descripción o el lenguaje, quizás no sintamos tanto la sensación de arroyo y cuneta que se desearía dar; pero aun *artísticamente ganará* la página. No cabe hoy hablar de lo feo y lo bello en el arte; son categorías trasnochadas que ya no cuentan, cuando lo supremo es sentar la propia personalidad con toda energía aunque sea a puñetazos; pienso, sin embargo, que siempre será lícito hablar del valor universal «*humano*», y defender *nuestra propia integridad como un canon inapelable que lleva hasta un sello divino*.

Depuración estética

No queremos asignar taxativamente a la novela católica un *valor docente*; no hay duda que lo puede tener, y, de hecho, novela como *El poder y la gloria* cuyo final abierto y problemático se ha señalado ejemplificándolo, termina propiamente con el timbrado clandestino del nuevo capellán católico con lo que «*se ha cerrado*» el supremo sentido docente de la novela.

Podrá ser, pero no necesariamente, apologética o docente la novela religiosa; pero, en el rumbo desbocado de la humanidad, en que reverdece todo lo bestial, cabría asignar a la novela católica un sentido de *depuración estética humana*, de integración de nuestras más nobles facultades, no ya explícito y apologético, sino «*realizado*» en la misma *dignidad estilística*. Una moderna, pero limpia técnica novelística, de la que se haya

(7) José M.^a García Escudero, «Sobre el valor religioso de la moderna novela católica», *Correo Literario* (2.^a época) núm. 4, Agosto 1954.

desterrado el sabor de pus y de mugre, la molesta sensación de revolcarnos en la ciénaga y de que nos babeen los labios agua de charcos.

¿No es hora ya de crearnos nosotros *nuestra propia técnica*? Si novelistas extranjeros, católicos hoy, preconizan esa fuente impura (no discutamos, así se educaron y con la mejor voluntad nos dan su nuevo sentido religioso), ¿por qué no ha de encontrar el novelista español, mejor dicho católico, cualquiera que sea su documentación, *un nuevo saber novelístico*? ¿Por qué no imponerse la tarea de purificar las aguas del gusto y sensibilidad popular, más que

seguir mecánicamente la corriente? Si los temas son humanos y cruciales, no habrá que recurrir a la salsa picante para presentarlos. Una moderna técnica estilística de valentía en los planteamientos, concepciones abiertas y acuciantes, riqueza y flexibilidad sintácticas, estudios anímicos a través de la aventura, expresiones francas, etc., sabrá encontrar recursos de última presentación sin tener que bajar a situaciones y escenas en que se arañe la moral. ¡Buen afán para el novelista católico, *depurar con su estilo*, incluso sin pretenderlo, las dudosas aguas de la narración moderna.

Puerto de Santa María (Cádiz)

